

‘Desinformación’ en la era de la información

Juan Soto Ramírez*
Juana Juárez Romero**
Osusbel Olivares Ramírez***

Palabras clave: brecha digital, educación, docencia, internet.

Keywords: digital divide, education, teaching profession, internet.

*Profesor Titular C del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Iztapalapa
juansotoram@hotmail.com

**Profesora Titular C del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Iztapalapa
juana.juarezromero@gmail.com

***Asistente de Investigación, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Iztapalapa
osusl4@gmail.com

Resumen

La gran paradoja de nuestros tiempos es que, viviendo en la llamada ‘era de la información’, entre las personas pueda haber mucha desinformación. Las relaciones tecnología-sociedad plantean desafíos a los sistemas educativos pues sus contenidos, poco o nada tienen que ver con lo que está ocurriendo en el ‘mundo real’. En este texto se discute la ‘desinformación’ recurriendo a diversas estadísticas sobre hábitos de lectura, desempeño educativo, conexión a internet, etc. Y también se presentan algunos resultados de un cuestionario aplicado a 296 estudiantes de dos universidades públicas en México: UNAM y UAM-Iztapalapa.

Abstract

The great paradox of our times is that, living in the so-called ‘information age’, can be a lot of misinformation. The technology-society relationships pose challenges to educational systems because its contents have little or nothing to do with what is happening in the ‘real world’. In this text the ‘misinformation’ is discussed using various statistics about reading habits, educational performance, internet connection, etc. Some results of a questionnaire administered to 296 students in two public universities in Mexico are also presented: UNAM and UAM-Iztapalapa.

Posicionamiento

Suponer que todos los jóvenes son ‘amantes’ de las tecnologías y el internet es un error. Suponer que todos los jóvenes son ‘expertos’ en el manejo de las tecnologías y el uso de internet, es otro error. Para hacer una lectura correcta de lo que ocurre con la tecnología, su uso y su influencia en la vida cotidiana habría que decir, primero, que si bien el acceso a la tecnología y a internet se han ido generalizando, no son cosa de todos. Por ello es necesario pensar que en términos del uso de las nuevas tecnologías y el acceso a internet, es importante establecer un continuo para el análisis que nos permita discutir, de una manera más cercana, todo aquello que ocurre en la vida cotidiana y no tanto en la cabeza de muchos investigadores.

Suponer que todos los jóvenes son ‘amantes’ de las tecnologías y el internet es un error.

La cercanía o lejanía con las tecnologías y el internet, si bien tiene que ver con necesidades reales, también tiene que ver con gustos y preferencias. Es pertinente pensar que éste continuo va desde la *tecnofilia* hasta la *tecnofobia*. Esto nos ayudaría a identificar que no sólo existen adultos que se resisten, por ejemplo, a utilizar un celular, sino que alrededor del uso de las tecnologías existen cientos, miles o millones de jóvenes alrededor del planeta que han adoptado estas actitudes que bien podríamos denominar *posthippies* o *postpunks* en tanto que glorifican una vida ‘libre de tecnología’ o liberan una ‘lucha a ultranza’ en contra de la misma. Ambas actitudes, por paradójico que parezca, son muy similares en tanto que plantean un ‘rechazo’ (a veces no muy claro ni definido), en torno al uso de las nuevas tecnologías. No hay que ser un sesudo investigador para caer en la cuenta de que uno tiene, al menos, un amigo de este tipo muy cerca. Quizás en este momento en el que usted está leyendo todo esto, podría estar en el asiento de al lado.

Y se dice que este rechazo a la tecnología no es muy claro ni definido porque muchas veces las personas que se niegan a utilizar dispositivos móviles como los celulares usan el correo electrónico, pero pueden negarse al uso de redes sociales y, en consecuencia, pueden emprender una crítica feroz en contra de los usuarios de *Facebook*. Es decir, en el mundo contemporáneo es difícil negarse al uso de la tecnología en general. Una vida como la nuestra sin tecnología, hoy en día, sería casi impensable. Por doloroso que parezca. ¿Qué quiere decir esto? Que lo que podríamos denominar, sólo de manera irónica, *tecnofilia* y *tecnofobia*, no pueden ser, precisamente, actitudes que uno pueda adoptar al cien por ciento. En torno a la *tecnofilia* hay grandes cantidades de datos sobre cómo se comportan los amantes de las tecnologías y el uso de internet. Pero sobre los *tecnófobos* y cómo se conducen hay poca información al respecto. ¿Por qué sería importante conocerlos mejor? Porque también son parte de lo que se ha dado por llamar: *generaciones digitales*. Porque su actitud también es importante y debería ser tomada en cuenta partiendo de una idea básica sobre la que Nicholas Negroponte (1995:26) llamó la atención ya hace casi veinte años: “la computación ya no sólo tiene que ver con las computadoras, tiene que ver con la vida”. ¿Alguien que renuncie voluntariamente a su derecho al uso de las nuevas tecnologías y al acceso a internet, por las razones que suponga correctas, debe ser considerado como perteneciente a una generación digital? O ¿debe incluirse en alguna otra?

La discusión sobre el tema de la inclusión-exclusión asociada al uso de las nuevas tecnologías y el uso y acceso a internet no es tan sencilla como parece de primera mano. ¿Por qué? Porque hay un factor importante relacionado con la acción y es el de la 'voluntad'.

No vamos a profundizar en tan polémico concepto que obligó a los filósofos a escribir tantas páginas y a encarnizar diversas discusiones. Lo único que se pretende aquí decir es que la renuncia voluntaria y la exclusión involuntaria al uso de las tecnologías y el uso y acceso a internet tendrían que ser discutidas de formas distintas en tanto que si bien podrían hablarnos de personas en una misma situación, las razones que las llevaron a ella son totalmente distintas. Es decir, no es lo mismo renunciar al uso del teléfono inteligente teniendo la posibilidad económica para adquirir uno que no tener la capacidad económica para adquirir uno y querer hacerlo. Las combinaciones posibles en este caso también se van complejizando.

Una vida como la
nuestra sin tecnología,
hoy en día, sería casi
impensable.

Olu Oguibe señaló que “andando el tiempo, sin embargo, hemos llegado a reconocer que los requisitos de entrada a esta red implican algo más que simplemente conectar. Ahora muchos reconocen que la conectividad comporta una retahíla de requisitos, y, para conectar, el individuo medio debe satisfacer esos requisitos, la mayoría de los cuales muchas personas están mal preparadas para llenar” (2002: 136). Es decir, nada garantiza que una persona que utilice el procesador de textos de una computadora sea, simplemente por ello, un *tecnófilo*. “Muchos son excluidos de la red por su temor o aversión a la tecnología, o tecnofobia” (Oguibe, 2002: 137).

Reflexionar en este sentido nos permitirá reconocer que la industrialización de un país y el acceso a internet si bien tienen una relación, ésta no es decisiva para que las personas que forman parte de una sociedad adopten un gusto por la navegación en la red. “En las naciones más industrializadas hay un gran número de personas cuya improbabilidad de que simplemente conecten es tan grande como la de muchos en las regiones menos desarrolladas del mundo, un hecho que corroboran cada vez más las estadísticas que están apareciendo” (Oguibe, 2002: 137). La no conectividad, en este sentido, trasciende los contextos sociales y materiales de las divisiones geopolíticas y no está relacionada, precisamente, con la pertenencia a las sociedades 'altamente industrializadas' o al 'tercer mundo digital'.

Pero sobre los
tecnófobos y cómo
se conducen hay poca
información al respecto

El gusto por las tecnologías y la navegación por internet están más allá de las simples estratificaciones socioeconómicas de las cuales, por lo regular, siempre se echa mano para emprender análisis sobre los nexos sociedad-tecnología. Y, sin embargo, la cosa no es tan simple. A pesar de todos los problemas que aquejan a las sociedades a nivel mundial estamos viviendo un momento de transición muy interesante que consiste en una transmutación, que no debe ser entendida con literalidad, del

mundo analógico al mundo digital. “Thomas Jefferson creó el concepto organizativo de las bibliotecas públicas y estableció el derecho de todo individuo a retirar un libro en préstamo, sin costo alguno. Pero el célebre prócer estadounidense nunca consideró la posibilidad de que veinte millones de personas puedan tener acceso electrónico a una biblioteca digital y retirar su contenido libre de cargos. El cambio de los átomos por los bits es irrevocable e imparable” (Negroponte, 1995:24). Esto ocurre con la fotografía, el cine, el video, la música, etc. Estamos dando un salto de lo analógico a lo digital. Y eso es emocionante.

A nivel de la vida cotidiana, que es desde donde queremos reflexionar, este tránsito tiene unas implicaciones insospechadas pues es ahí donde se materializa el choque entre la *tecnofilia* y la *tecnofobia*. Entre los autodenominados melómanos (quienes no se pudieron resistir, primero al CD ni a la música en formato MP3), todavía hay quienes conservan colecciones completas de acetatos. Muchos lectores empedernidos se niegan a los libros digitales y asumen que tenerlos en su formato tradicional (hechos de átomos), es mucho mejor.

En algunas escuelas donde se imparte fotografía, los laboratorios de revelado tradicional han sido sustituidos por salas de revelado digital donde, en vez de contar con líquidos y cortinas oscuras, ahora hay luz y computadoras. Lo sorprendente es que en algunas escuelas hay oposición a eliminar dichos laboratorios. Los ejemplos son incontables. Y es probable que estas alturas usted ya haya encontrado sus propios ejemplos sobre cómo, a nivel de la vida cotidiana, esta oposición entre una y otra ‘tendencia’ se materializan. Baste mirarse a sí mismo o a su vecino.

Hasta dónde llega nuestro derecho a la intimidad y la utilización de nuestros datos personales

Esta transmutación, de lo analógico a lo digital, ha puesto de relieve diversas tensiones entre la idolatría y el desdén por las computadoras y el internet. Y ha encendido, obvio está, numerosos debates en torno, por ejemplo, de hasta dónde llega nuestro derecho a la intimidad y la utilización de nuestros datos personales. Que de ninguna manera es poca cosa. En distintos países, los gobiernos se han apresurado a establecer ciertas reformas a sus leyes para poder censurar y controlar el acceso y el uso de internet. Y, en su contraparte, ha surgido el *hacktivism*¹ como un conjunto de estrategias de resistencia y oposición a dichas formas de regulación y control. En medio de esos dos extremos se encuentran, digámoslo así, los usos ‘caseros’ de las tecnologías y la navegación en internet. Hace poco más de veinte años ya, el profesor Keneth Gergen (1991:77), señaló que para comprender el cambio cultural era necesario situarse en el contexto tecnológico y reconocer dos fases. Una fase de *tecnología de bajo nivel* y otra fase de *tecnología de alto nivel*.

¹ Al día de hoy no sólo se disputa la paternidad del término sino su significado preciso, aunque en términos muy generales se puede entender como ‘hacktivism’ o el uso de computadoras y redes informáticas para lograr algún cambio político. Las estrategias que se utilizan para lograr esto consisten en boicot de sitios de internet; sustracción de información de determinadas personas, organizaciones o instituciones para exhibirla y emprender una denuncia pública; envío masivo de correos electrónicos a un blanco específico, etcétera. El abaratamiento del término ‘hacktivism’ ha llevado a muchos a pensar que publicar en redes sociales, por ejemplo, leyendas como “muera el gobierno” hacen de una persona un ‘hacktivist’. Y eso es un error.

Asumía que la vida en una y otra fase eran distintas. Y no se equivocaba. No obstante, este modo de ver las cosas resulta un tanto limitado e impreciso en tanto que muchas tecnologías consideradas en la fase de *tecnología de alto nivel* son operadas como si fuesen propias de la otra fase. Uno de los ejemplos más emblemáticos es el de la computadora de escritorio que se utiliza como máquina de escribir. Muchos investigadores alrededor del mundo no usan su computadora personal más que como una simple máquina de escribir ultramoderna que les permite, incluso, navegar en internet. Situación que resulta un tanto paradójica pues un dispositivo propio de la fase de alto nivel está siendo utilizado como uno propio de la fase de bajo nivel según la propuesta mencionada anteriormente.

Además, la que podríamos denominar telefonía fija, frente a la telefonía móvil, no ha desaparecido, pero ha entrado en una fase de desuso bastante generalizada. De acuerdo con datos del Banco Mundial (2014), a partir del año 2005 y hasta 2013, se ha observado un decremento sostenido del número de líneas telefónicas por cada 100 personas (que pasaron de 19.4 a 16.2). Y, muy por el contrario, el número de abonados a internet por banda ancha fija, por cada 100 personas, se incrementó desde el año 2004 hasta el 2013 (pasando de 2.6 a 9.5).

Un decremento sostenido del número de líneas telefónicas por cada 100 personas

De todo lo anterior se derivan tres reflexiones fundamentales para este trabajo. La *primera* es que las cuestiones ligadas al uso de la tecnología, y el acceso y uso de internet, tienen que ver con la vida social en general y no exclusivamente con el uso de los dispositivos tecnológicos y la navegación en internet; la *segunda* es que las situaciones del rechazo al uso de las tecnologías y el acceso a internet no son exclusivamente involuntarias o privativas de los países ‘poco industrializados’ como tradicionalmente se ha pensado; y la *tercera* es que, apelando a que la distribución del conocimiento no es homogénea, las habilidades o capacidades para usar las tecnologías (*computeracy*²), no son iguales entre todas las personas por lo que las tecnologías de ‘alto nivel’ pueden ser utilizadas como si fuesen de ‘bajo nivel’.

Caída libre

Tradicionalmente se suele pensar que las repercusiones del uso de los dispositivos tecnológicos y el uso de internet en las sociedades son negativas. Lo cual, a todas luces, también es un error. Es un error en el sentido de que esta forma de concebir las relaciones sociedad-tecnología hace a un lado el hecho de que los usuarios también inciden en la forma, en el diseño y funcionamiento de los dispositivos tecnológicos, así como en el mismo funcionamiento de la red. “La novedad y originalidad de los servicios de información y entretenimiento, no dependen de la fibra que los transmite sino de la imaginación que los crea”

No dependen de la fibra que los transmite sino de la imaginación que los crea

² Olu Oguibe (2002: 137) utiliza este neologismo, a decir del traductor, construido por analogía con *literacy* que se refiere a la capacidad de leer y de escribir. Sobra definir la referencia a *computer*.

(Negroponte, 1995:50). El caso de la televisión resulta emblemático para ilustrar cómo es que los televidentes influyen en sus contenidos.

La televisión es un dispositivo tecnológico bastante inofensivo hasta que se enciende. Tal como lo señaló el profesor Pierre Bourdieu (1996:23): “hay un sector muy importante de la población que no lee ningún periódico, que está atado de pies y manos a la televisión como fuente única de información. La televisión posee una especie de monopolio de hecho sobre la información de las mentes de esa parte nada desdeñables de la población”.

Un país que mira mucha televisión y lee poco está destinado a ser como el nuestro

De acuerdo con un estudio realizado por la compañía IBOPE AGB (2011), el promedio diario por persona frente al televisor fue de 4 horas con 45 minutos (23 minutos más que hace casi 15 años); mientras que el promedio por hogar fue de 9 horas con 25 minutos (50 minutos más que hace casi 15 años también). Datos que si se contrastan con los niveles del rezago educativo por el que atravesamos podrían alarmar a cualquiera. Es sabido que cada vez que la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) publica los resultados de sus ‘mediciones’ de variables y análisis de datos, los funcionarios de nuestro gobierno suelen incomodarse un poco (pero no mucho en tanto que son demasiado cínicos y nuestra sociedad es de memoria corta). Debemos recordar que en el 2012, México ocupó el último lugar, de 34 países pertenecientes a la OCDE, en educación: matemáticas, ciencia y, por supuesto, lectura. Estos fueron los alarmantes resultados del Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos (PISA), 2012. El mencionado estudio, hay que destacarlo de manera enfática (no hay otra forma), dice que “de mantenerse las tasas de mejora actuales, a México le tomará más de 25 años para alcanzar los niveles promedio actuales de la OCDE en matemáticas y más de 65 años en lectura” (OCDE, 2012: 3). Todo parece indicar que, ya no es una apreciación de sentido común –los datos nos ayudan a reforzar el argumento– un país que mira mucha televisión y lee poco está destinado a ser como el nuestro.

Es sabido que la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), fijó el 23 de abril como el día mundial del libro. Es casi una situación ritual que llegada la fecha o un poco antes, se evoquen los resultados del famoso estudio de “Hábitos de lectura” que sitúa a México en el penúltimo lugar de una lista de 108 países evaluados. Según el mismo estudio, cifra demasiado optimista, un mexicano lee 2.8 libros al año. Y, de acuerdo con la optimista y engañosa Encuesta Nacional de Lectura (2006:19), realizada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el 56.4% de los encuestados respondió que leía libros.

No obstante, mientras se van descubriendo los autores mencionados por los ‘lectores’ la situación se pone demasiado escabrosa. Del total de los encuestados el 32.5% reportó que ‘lee textos escolares’ (para cualquier investigador esta y otras respuestas, como se verá más adelante, no dicen mucho al respecto e impresionan por su ‘opacidad’). Sin embargo, no se puede determinar ¿qué se considera un ‘texto escolar’? Y no deja de sorprender que el 19.7% de los encuestados reportó leer libros de ‘superación personal’. Dentro de la encuesta hay datos que son, sencillamente, inverosímiles. De ese 56.4% de personas que reportaron ‘leer’, el 35.8% respondió que no sabía cuál era su libro favorito

(recuérdelo porque este dato nos va a ayudar más adelante). Tenemos lectores desmemoriados. De ese mismo porcentaje de lectores, el 7.9% respondió que ‘Ninguno’.

Leer sin saber quién escribió lo que se lee no es poca cosa

Tenemos lectores que no les gusta lo que leen. Y, por encima de los desmemoriados y los que no les gusta lo que leen, tenemos los que sí pueden recordar lo que leen y les gusta lo que leen. Es decir, los que reportaron que *La Biblia* era su libro preferido. Esos lectores representaron el 3.7% del 54.6% de los que leen. No se asuste. Respire. Ese espantoso libro que muchos profesores de nivel medio y medio superior obligan a leer a sus alumnos *Juventud en éxtasis* está, como libro favorito, por encima de *Don Quijote de la Mancha* y *Cien años de Soledad*. Títulos como *Cañitas*, *Volar sobre el pantano* y *El Código da Vinci* también engalanan tan honorable lista. Por si no fuera poco, frente a la pregunta ‘¿Cuál es su autor preferido?’ –no se preocupe, Paulo Coelho no figuró entre tan notables autores– el 47.9% no sabe, el 15.2% no contestó y el 9.1% aseguró que ‘ninguno’.

Pero eso no es todo. De los autores que sí se mencionaron, el que encabezó la lista, aunque usted no lo crea, fue *Carlos Cuauhtémoc Sánchez*, seguido (en ese orden), de los distinguidos Gabriel García Márquez, Miguel de Cervantes Saavedra y Octavio Paz. Si creyó haberlo ‘visto’ todo, prepárese, pues un ‘autor’ como *Carlos Trejo* apareció por encima de Mario Benedetti, Pablo Neruda y Juan Rulfo por mencionar algunos. La cereza sobre el pastel la colocó el 38.8% de los ‘lectores’, quienes no recuerdan qué libro leyeron (este dato también es preciso recordarlo para un poco más adelante). Leer sin saber quién escribió lo que se lee no es poca cosa.

Según los resultados de otra opaca Encuesta Nacional de Lectura (2012), realizada por la Fundación Mexicana para el Fomento de la Lectura A.C., el porcentaje de lectores fue de 46.2%. Si tomamos en cuenta que esta encuesta aplicó algunos reactivos que extrajo de la encuesta realizada en 2006, podríamos decir que el porcentaje de lectores se redujo. Mientras que el número de libros por persona leídos al año fue de 2.94. Dato todavía más sospechoso porque eso querría decir que tendríamos en el país menos lectores y más libros leídos en comparación con los datos obtenidos en 2006.

Aunque esta encuesta no arrojó datos tan simpáticamente espeluznantes como la anterior, revela que del 33.3% de las personas que leen, no tienen preferencia por leer libros, revistas o periódicos (les da igual leer una cosa que otra). En los hogares de los encuestados el 56.2% reportó tener entre 1 y 10 libros. No obstante, no podemos saber con certeza si esto sea halagador o preocupante en tanto que si los libros de Benedetti o Paz están al lado de los ‘textos’ de *Carlos Trejo* la situación no sería muy prometedora que digamos.

Hubiera sido interesante conocer, al menos, los títulos de los 10 libros con mayor presencia en los hogares de los lectores. La misma encuesta mostró que el 43% de los lectores consideró que lee menos; el 34% consideró que lee igual; y el 22% que lee más. No obstante, estas apreciaciones

no son demasiado confiables, en tanto que no podríamos saber si una página o cien representan ese incremento en los hábitos de lectura. Es decir, al ser cuantitativos los referentes y no cualitativos los criterios de evaluación, se tornan un tanto ambiguos estos datos.

Es preferible un lector crítico a uno que no sepa lo que está leyendo

Para ejemplificar esto podríamos decir que no leer a ciertos autores como *Carlos Cuauhtémoc Sánchez* o *Carlos Trejo* sería beneficioso para cualquier lector. Aunque un lector abandonara ese tipo de lecturas y las sustituyera por lecturas honorables (es decir, aunque leyera menos), la calidad de lo que lee se incrementaría notablemente. Es decir, es preferible un lector crítico a uno que no sepa lo que está leyendo o a uno que lea un mayor número de páginas de mala calidad.

¿A dónde vamos con todo esto? Primero, que si bien actividades como mirar la televisión y no leer son compatibles, una no tendría por qué ser consecuencia directa de la otra. Segundo, que el uso de las tecnologías de ‘alto nivel’ como si fuesen de ‘bajo nivel’ afecta un aprovechamiento de las mismas en favor, por ejemplo, del aprendizaje y la educación. Tercero, que sería más recomendable promover la ‘lectura de calidad’ que la ‘lectura de cantidad’ y por cuotas diarias. El gusto por la lectura, al fin y al cabo, no se desarrolla leyendo 30 mil caracteres diarios, por ejemplo.

La educación de los alumnos “está teniendo lugar fuera de las clases, ante las mil pantallas

Antes de pasar al análisis de los datos que recopilamos sería importante destacar algunas reflexiones que Vicente Verdú (2005:37-38) hizo, hace ya casi una década. Él señaló que “una parte del profesorado honrado y culto, formado en el capitalismo de producción, aún embobado con los principios de la Ilustración de hace siglo y pico, sigue creyendo que los mundos ligeros, superficiales y consumistas son los que menos valen” y ha agregado que la educación de los alumnos “está teniendo lugar fuera de las clases, ante las mil pantallas, en sus dormitorios o en los cibercafés”.

Con un juicio atinado ha señalado que salvo raras excepciones los estudiantes no se aburren en las clases o consideran de poca importancia lo que se les enseña en las aulas en tanto que no alcanzan a ver una relación entre leer a los ‘clásicos’ y lo que está ocurriendo en su realidad inmediata. Situación que, siendo sensatos, es altamente contrastante. Es decir, la severa crisis académica de muchos campos de conocimientos está en su imposibilidad de actualizar su currículo en relación con las dinámicas sociales y problemas emergentes que hacen su aparición en la sociedad.

La lectura de los ‘clásicos’ en cualquier campo de conocimiento es indispensable, pero no suficiente para, por ejemplo, hacerse de un empleo. Desde esta perspectiva, la ‘academia’ vive un desfase impresionante. Para que lo dicho no se preste a malas interpretaciones, debe señalarse que no se trata de defender o impulsar la idea de la ‘tecnificación’ de los saberes y conocimientos porque ese es otro riesgo que corren los campos de conocimientos en múltiples centros universitarios. Corren el riesgo de volverse cada vez más técnicos y menos teóricos; pues si siguieran ese camino, muchos estarían condenados a desaparecer. La crisis que parece vivirse dentro de los centros

universitarios es generacional. “Para los componentes de la generación que tiene más de cincuenta años, los videojuegos equivalen a violencia, sexo desaforado, degradación. Para la generación que ha nacido en la era digital, el videojuego se constituye en una forma de entretenimiento junto al cine, la música o la televisión. No ven el mal ni tampoco se malician, del mismo modo que tampoco produjo enfermedades incurables el éxito del twist” (Verdú, 2005:39).

El videojuego se constituye en una forma de entretenimiento junto al cine, la música

La tensión modelos educativos-sociedad está exigiendo cambios sustantivos.

Si los enjuiciados fuesen los profesores universitarios y no los estudiantes, podríamos preguntarnos: ¿cuántos de los profesores universitarios serían capaces de conseguir trabajo más allá del ámbito universitario y las labores académicas? La respuesta, no se tiene que ser un experto en el tema, sería: ¡Pocos! Dice Verdú (2005:42), que dijo el profesor Peter Sloterdijk: “Entrar en la universidad es salir del mundo”. Frente a las alarmantes cifras que se han presentado podríamos caer en la cuenta de que la tensión modelos educativos-sociedad está exigiendo cambios sustantivos.

¿Qué pasa entonces al interior de las universidades?, ¿qué pasa con las ‘generaciones digitales’? Por un lado, los planes y programas de estudios de las universidades apuntan hacia un horizonte material y simbólico muy distinto en comparación con lo que está ocurriendo en eso que podríamos denominar ‘realidad’. Por otro lado, los intereses de los estudiantes, que están puestos en otras partes de la realidad social, no encuentran sentido a muchos (no a todos), contenidos que se ofrecen dentro de las aulas de clase. Estos dos fenómenos parecen embonar muy bien. Sin embargo, el telón de fondo es una cultura empobrecida donde los niveles de lectura, como ya habíamos visto, son preocupantes. ¿Qué ocurriría si a esto le sumamos, por ejemplo, el ‘bajo nivel de entretenimiento’ con el que pueden contar millones de jóvenes que forman parte de dichas ‘generaciones digitales’?

Es aquí donde se antoja introducir un recordatorio, de acuerdo con el informe de la OCDE (2012:7), “al comparar alumnos con el mismo nivel socio-económico, aquellos que están matriculados en escuelas privadas no tienen rendimientos más altos que aquellos matriculados en escuelas públicas”. Esto nos permite afirmar con cabalidad que, por ejemplo, el desempeño académico no depende de si uno asiste a escuela pública o privada. El nivel de desempeño académico es generalizado. El nivel de lectura también. De acuerdo con la Encuesta Nacional de Lectura (2006:20), mientras se eleva el nivel socioeconómico el nivel de lectura se incrementa. De ahí que podríamos realizar la hipótesis de que existe una relación directamente proporcional entre el nivel socioeconómico y el nivel de lectura (aunque no podríamos saber si es estadísticamente significativa, lo cual sería importante). Pero si caemos en la cuenta, otra vez, de que la calidad de lectura importa, entonces resulta poco importante que las personas de nivel socioeconómico alto lean más libros que las personas con nivel socioeconómico bajo o muy bajo. Esto por una sencilla razón. Porque quizás están teniendo acceso a los mismos textos de baja en distintas cantidades.

El profesor Howard Becker (1998:126-127) demostró cómo la diferencia en la educación basada en la calidad, en la práctica médica, es sólo un ‘imaginario’. Es decir, el determinante de la calidad de la práctica médica no es la escuela de procedencia sino dónde se ejerce la profesión. El ‘prestigio’ elevado de cualquier universidad no da como resultado estudiantes de nivel académico destacado. De la misma forma, tomar en cuenta el nivel socioeconómico para argumentar en favor de la lectura en términos de cantidad, parece funcionar. Pero no garantiza, de ningún modo, la calidad de lo que se lee.

El recuento de los daños

Un video subido originalmente a *Vimeo*, el 22 de septiembre de 2010, el cual aún se encuentra disponible, titulado: “¿Sabe usted más que un estudiante de la ibero?”, bastante simpático por cierto, trata sobre un par de estudiantes, se puede suponer, que afirmaron haber ido a la Universidad Iberoamericana (UIA), plantel Santa Fe, y cámara en mano, aplicaron 8 preguntas (las puede ir respondiendo usted al vuelo): ¿Dónde está el penacho de Moctezuma?, ¿cuál es la capital de China?, ¿qué significa Black Berry?, ¿cuál es el nombre completo de Morelos?, ¿cada cuándo es año bisiesto?, ¿en qué continente está Australia?, ¿famosa poetisa mexicana que firmaba con un seudónimo masculino?, deletreé la palabra ‘excepcional’, y ¿qué se conmemora en México el 2 de octubre? Y, como podrá usted suponerlo, las respuestas dejaron muy mal parados a los estudiantes de dicha institución educativa. No obstante, después de mirar el video varias veces y de compartirlo en redes sociales, una duda inundó el pensamiento.

Esto de la ‘desmemoria’ no sólo es una situación en la lectura sino en la cinematografía

Así, recordando ese maravilloso libro de Becker y sus sabias enseñanzas surgió una ‘duda razonable’ sobre ¿hasta dónde el imaginario estaba orientando la percepción de los estudiantes de la Universidad Iberoamericana?, ¿hasta dónde el estigma – bastante extendido en México– de pertenecer a una universidad privada estaba pesando sobre los juicios que se hacían sobre dichos estudiantes?, ¿sería que frente a las mismas preguntas los estudiantes de las universidades públicas saldrían mejor posicionados?

Aprovechando la posibilidad de aplicar un ‘cuestionario extendido’ a 296 estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y de la licenciatura en Psicología Social de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (UAM-I), se obtuvieron los siguientes resultados. ¿Dónde está el penacho de Moctezuma? Sólo el 9.46% del total respondió correctamente (algunos ‘bromistas universitarios’, el 1.35%, respondieron ‘en su cabeza’), y el 36.82% dejó en blanco la respuesta; ¿cuál es la capital de China? El 61.1% respondió correctamente y el 25.34% no supo qué responder; ¿cuál es el nombre completo de Morelos? El 79.39% respondió correctamente; ¿cada cuándo es año bisiesto? El 83.11% respondió correctamente, pero el 6.01% no sabe; ¿en qué continente está Australia? Poco más de la mitad, el 58.45%, respondió correctamente, pero el 20.61% no respondió y una persona respondió que ‘en ningún continente’; escriba la palabra ‘excepcional’ (sólo se les dio la instrucción verbal), el 69.9%

respondió correctamente; y ¿qué se conmemora en México el 2 de octubre? El 70.83% respondió correctamente mientras que el 16.66% no contestó, el 5.72% respondió que ‘el día de la raza’ y el 5.72% que ‘el descubrimiento de América’. Es decir, si sólo tomásemos en cuenta las generalidades, podríamos decir que los estudiantes de las universidades públicas no salieron tan mal posicionados, pero si ponemos atención a las particularidades de las respuestas tal como se muestran, entonces el panorama cambia.

En este ‘cuestionario extendido’ se incluyeron otras preguntas que tienen relación con la lectura. Las respuestas obtenidas de ‘último libro que leí’ fueron, digamos, halagadoras en tanto que sólo el 8.78% de los estudiantes dejaron en blanco sus respuestas. Pero fíjese, no obstante, cuando se les preguntó cuál era su escritor preferido, entonces las cifras comenzaron a desencajar pues el 22.58% dejó el espacio en blanco. ¿Recuerda lo que se había dicho anteriormente sobre los lectores desmemoriados? Lo interesante es que los estudiantes reportaron haber leído, sobre todo, ‘textos escolares’ y aunque son hábiles para referir títulos, no acostumbran leer libros completos sino capítulos. Todo parece apuntar a que referir el título del libro, como si lo hubiesen leído completo, los ‘sacó del aprieto’ en el momento de la aplicación de los cuestionarios.

Cuando se les preguntó ¿cuál era el último libro de su escritor preferido que habían leído?, el 32.26% de ellos dejó en blanco la respuesta. Lo cual corrobora que los estudiantes ‘mintieron’ un poco en el momento de la aplicación. No obstante, no deja de sorprender que a pesar de ser estudiantes de psicología, el 50.34% de ellos no pudo mencionar tres obras que hubiesen influido su pensamiento en el proceso de su formación. Cuando se les hizo la pregunta sobre ¿quién escribió la célebre obra ‘La Construcción Social de la Realidad’? Sólo el 13.85% respondió correctamente mientras que el 63.51% dejó la respuesta en blanco. Aunque el 84.9% de ellos afirmó haber visto una película en el cine, el 49.96% no reportó tener ‘director de cine preferido’. Es decir, esto de la ‘desmemoria’ no sólo es una situación en la lectura sino en la cinematografía y puede serlo en muchos más ámbitos de sus vidas. Aunque es difícil establecer una clasificación rigurosa de todas las películas que reportaron haber visto en el cine, de ése 84.9% que reportó haber asistido al cine a ver una película, sólo el 9.53% reportó haber visto una ‘película de autor’. Cerca del 20% reportó haber visto una película ‘clasificación A’, es decir, para niños.

Comentarios finales

No debe olvidarse que tanto los estudiantes de la Universidad Iberoamericana, como de la Facultad de Psicología de la UNAM y de la licenciatura de Psicología Social de la UAM-I forman, en conjunto, parte de la ‘generación digital’. Forman parte de esos 51.2 millones de usuarios de internet reportados hasta 2013 de acuerdo con la Asociación Mexicana de Internet (AMIPCI, 2014:6). Todos saben operar un teléfono celular, pero sólo unos cuantos han enviado una carta por servicio postal alguna vez en su vida; es decir, pertenecen ya, a otra generación, a esa que, como diría Paula Sibilia (2008:25), ha renunciado voluntariamente a su privacidad para “hacerse amigos de las empresas que les agradan”. Resulta paradójico que en plena ‘era de la información’ –tal como tituló el profesor Manuel Castells (1996) a su obra de tres volúmenes– los jóvenes estén tan desinformados. Es paradójico que, en plena ‘era de la información’, el proceso de enseñanza-



aprendizaje siga descansando en modelos 'logocentristas' que confían en demasía no sólo en la palabra sino en un formato bastante arcaico donde el profesor habla y los estudiantes callan, formato basado en la situación idealizada de la interacción cara-cara.

Muchos profesores, se niegan incluso a la utilización del videoprojector

La educación, como proceso, no parece verse afectada por la lógica virtual de la incorporación de la tecnología al aula, salvo algunas raras excepciones. "La calidad de la educación aún se asocia, y así seguirá durante largo tiempo, con la intensidad de la interacción cara a cara. Así pues, las experiencias a gran escala de las <<universidades a distancia>>, dejando de lado su calidad (mala en España, buena en Gran Bretaña), parece mostrar que son formas de educación de segunda opción que podrían desempeñar un papel significativo en el futuro, mejorando el sistema de educación de adultos, pero que difícilmente reemplazarán a las instituciones educativas superiores actuales" (Castells, 1996 vol.I:430-431).

Muchos profesores, todos conocemos al menos uno, se niegan incluso a la utilización del videoprojector y de algún *software* para impartir clase o dar una charla, lo ven como algo demoniaco, como algo que no debería de hacerse, pues contraviene su espíritu medieval. Pero en su contraparte, muchos que no se han negado a su utilización, lo tratan como si fuese un *karaoke* (toman el micrófono y leen párrafos interminables frente a la mirada atónita de sus espectadores).

Esta paradoja de tanta desinformación entre tanta información no es privativa, digamos, de nuestros jóvenes. El profesor Umberto Eco (2002:128) lo dijo de la siguiente manera: "puede muy bien suceder que el gobernante (que a veces, y ha habido incluso informaciones de la Casa Blanca, consulta a magos y astrólogos) piense como el hombre de la calle y no como el hombre de laboratorio". ¿Recuerda usted el vergonzoso y sorprendente incidente ocurrido el 3 de diciembre de 2011 en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, cuando el entonces candidato a la Presidencia de la República de México asistió a presentar su libro y un reportero español le pidió que mencionara tres libros que hubiesen marcado su vida personal y política?, ¿recuerda usted que no pudo responder?, ¿recuerda usted que respondió de una manera muy similar a la de los 'lectores desmemoriados' a los cuales nos hemos referido? Sería una exageración decir que 'tenemos el presidente que nos merecemos'. No. Muchos no nos lo merecemos. Lo que sí es cierto es que sus respuestas, después de toda la burla de la que fue objeto (y seguirá siendo durante un buen tiempo), se parecen a las de cualquier mexicano promedio que dice que lee, pero no puede recordar cuál fue el autor del libro que leyó.

Sus respuestas encajan muy bien con las de la Encuesta Nacional de Lectura y ejemplifican de una estupenda manera el rezago educativo en México que reporta la OCDE. No es el presidente que nos merecemos, es el presidente que se parece mucho al resto de los mexicanos que lee más a *Carlos Cuauhtémoc Sánchez* que a Octavio Paz (en paz descanse); y que pertenece a una generación que no puede culpar a la tecnología de sus desaciertos en materias como Geografía e Historia. Cada vez que puede cambia los nombres de las capitales de los estados o confunde fechas históricas e

incluso las conjugaciones de los verbos (“justamente ayer se cumplieron 144 años de la erección del estado de Hidalgo”). Así como usted lo leyó, así lo dijo.

Para terminar, se puede decir que no es fácil vivir en un país donde a las mulas, se dice literalmente, se les celebra su día. Donde, como dice un buen colega –psicólogo social él de profesión– el presidente escribe más libros de los que lee. Donde a las personas que dicen la verdad se les persigue, a veces se les encarcela y otras más se les mata. No es sencillo vivir en un país donde la gente que lee no recuerda quién escribió el libro que leyó. No es fácil vivir en un país que ni siquiera tiene la posibilidad de enterarse qué es lo que le pasa porque no es capaz de mirarse ni reconocerse a través de las letras que son, palabra escrita. Lo que sí es sencillo, en su contraparte, en plena era de la información, es ser un desinformado. Como el presidente de México. ■

REFERENCIAS ■

AMIPCI (2014). *Estudio sobre los hábitos de los usuarios de internet en México 2014*. México: AMIPCI. Recuperado de: <https://www.amipci.org.mx/es/noticias/2160-estudio-amipci-de-habitos-de-los-usuarios-de-internet-en-mexico-2014> consultado 17-05-14.

Becker, Howard (2009). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Banco Mundial (2014). “Líneas telefónicas (por cada 100 personas)” y “Abonados a internet por banda ancha fija (por cada 100 personas)”. Recuperados de: <http://datos.bancomundial.org/indicador/IT.MLT.MAIN.P2/countries?display=graph> y <http://datos.bancomundial.org/indicador/IT.NET.BBND.P2/countries?display=graph>, consultados 10-06-14.

Bourdieu, Pierre (1997). *Sobre la televisión*. Barcelona: Anagrama.

Castells, Manuel (1996). *La era de la información I, II y III*. México: Siglo XXI, 1999.

Eco, Umberto (2007). “Ciencia, tecnología y magia” en *A paso de cangrejo*. México: Debate, pp. 123-131.

Fundación Mexicana para el Fomento de la Lectura A.C. (2012). *Encuesta Nacional de Lectura 2012. Primer Informe*. México: Fundación Mexicana Para el Fomento de la Lectura. Recuperado de: http://sic.conaculta.gob.mx/publicaciones_sic.php, consultado 08-05-2014.

IBOPE AGB México (2011). *Anuario Media Performance 2011*. Recuperado de: <http://economista.com.mx/tecnocencia/2011/10/08/mexicanos-ven-hoy-mas-tv-que-hace-10-anos>, consultado 01-02-14.

CONACULTA (2006). *Encuesta Nacional de Lectura*. México: CONACULTA. Recuperado de: <http://sic.conaculta.gob.mx/encuesta/Encuesta%20de%20Lectura%20ok.pdf>, consultado 03-03-14.

Negroponte, Nicholas (1996). *El ser digital*. México: Océano.

OCDE (2012). *Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos (PISA). PISA 2012-Resultados*. Recuperado de: <http://www.oecd.org/pisa/keyfindings/PISA-2012-results-mexico-ESP.pdf>, consultado 02-12-13.

Oguibe, Olu (2002). “La conectividad y el destino de los no conectados” en *Criterios. Revista. Revista Internacional de Teoría de la literatura y las artes, estética y culturología*, núm. 33, La Habana, Criterios, pp. 135-149.

Sibilia, Paula (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Verdú, Vicente (2005). *Yo y tú, objetos de lujo*. Madrid: Debate.